



## NUEVA RELACIÓN

DE LOS DESAFÍOS, HAZAÑAS Y VALENTÍAS DEL MÁS JAQUE  
DE LOS HOMBRES

## FRANCISQUILLO EL SASTRE

Salga el acero a brillar,  
pues soy hijo del acero;  
hijo soy de Pedro el Sastre,  
y nieto soy de mi abuelo;  
Francisquillo soy el Sastre,  
el que a nadie tiene miedo,  
el que hará que tiemble el mundo  
con sus heroicos hechos.

Venid aquí, forradores,  
de palos con los pellejos,  
pantomimistas de lunes,  
revolvedores de pueblos;  
llegad los de la madera,  
fanfarrones carpinteros,  
aunque con vosotros vengan  
esos prosas cedaceros,

1000000

tejedores, hiladores  
juntaros con los barberos,  
y salid con éste al campo  
que tiene perdido el miedo;  
labradores, hortelanos  
y esforzados molineros,  
hoy os desafía un sastre  
que tiene la sangre hirviendo.  
Vengan jueces y abogados,  
escribanos marrulleros,  
que a un plumazo que os dé  
os dejaré sin aliento;  
venga Bernardo el del Carpio,  
ese guerrero soberbio,  
con su espada y su rodela,  
que no le teme este pecho;  
venga el moro Brabonel,  
ese jaquetón lancero,  
que le quitaré el turbante  
y le haré cristiano nuevo;  
venga el mismo Fierabrás,  
vengan Roldán y Oliveros,  
y hasta Carlomagno venga  
si perder quiere el pellejo;  
vengan hoy todos los guapos,  
lleguen aquí barateros;  
venga el soberbio más grande  
capitán de bandoleros;  
vengan los Ponce de León,  
los Guzmanes y Carreros,  
vengan cuantos hijosdalgos  
ponen los pies en el suelo;  
venga aunque sea Luzbel  
con todos sus compañeros,  
que a estocadas les haré  
que vuelvan a los infiernos;  
y pues nadie venir quiere,  
que todos me tienen miedo,  
veréis hazañas de un sastre  
que ahora contarlas quiero.  
Apenas cumplí veinte años  
salí un día de paseo,  
como me hallaba en Madrid,

hasta el puente de Toledo;  
llegué a un juego de cané  
que había mucho dinero,  
y pregunté quién cobraba  
los ochavos, muy ligero.  
Un granadero salió  
de los de morro con pelo,  
que por habano en su boca  
podía llevar mi cuerpo;  
le dije: «Ponte en defensa»;  
y me respondió: «Trastuelo»;  
saco al punto mis tijeras  
y él el sable sacó luego;  
pero le aprovechó poco,  
que a los dos brincos primeros  
el pescuezo le corté  
como si fuera de sebo.  
Sin pena ni sobresalto  
fui siguiendo mi paseo,  
y llegué a Carabanchel  
a beber el vino fresco;  
catorce guardias civiles,  
incluso con su sargento,  
llegaron a mí a prenderme,  
y me dicen: «Date preso.»  
Por cima brinqué de todos,  
y ellos disparan a un tiempo,  
mas ninguno me tocó,  
que fué tener mal acierto.  
Viendo tan buena ocasión,  
tiro al punto de mi acero  
y a todos los despaché,  
este quiero, este no quiero.  
Libre de aquella maraña  
pillo pies para Toledo,  
donde a nadie conocía  
y me hallaba sin dinero;  
en un café me metí  
donde había muchos necios,  
y a tratarme principiaron  
como perro forastero.  
Yo, con toda mi *prudencia*,  
les dije: «Señores, quedos,

que soy Francisquillo el Sastre  
el terror del Universo.»  
Se miran unos a otros  
apenas aquesto oyeron,  
de risa están reventando  
y yo de coraje lleno.  
Saco al punto mis tijeras;  
a cortar retal comienzo  
de brazos, pechos y piernas  
sin olvidar los pescuezos;  
treinta y ocho dejé allí  
arrastrados por el suelo,  
y yo me puse en la calle  
más fresco que el mes de enero.  
Me fuí a una fonda, y allí  
lo que pedí me sirvieron;  
y con un abonaré  
pagué todo por entero.  
Marché para Andalucía,  
y al pasar Despeñaperros  
diez ladrones me asaltaron,  
pero yo siempre sereno.  
Les pregunté qué querían;  
me respondieron : «Dinero»;  
les dije: «No tengo un cuarto,  
lo que yo tengo es acero,  
y lo que desearía  
el ser compañero vuestro,  
para que sepáis quien soy  
y la destreza que tengo.»  
Me admitieron muy gustosos,  
y a una venta no muy lejos  
fuimos todos a comer,  
y nos regaló el ventero;  
allí pasamos la tarde,  
y ya que el sol era puesto,  
me dan una carabina  
y cartuchos más de ciento.  
Como una legua anduvimos  
cruzando montes y cerros,  
hasta que a un sitio llegamos  
que parece contadero;  
toda la noche anduvimos

guardando el mayor silencio,  
por ver si alguno pasaba  
para despojarlo luego.  
Fué nuestra suerte contraria,  
pues no vimos ni a un mochuelo  
que son aves de rapiña  
cual mis dignos compañeros.  
Siendo ya de día claro  
abandonamos el puesto,  
y todos juntos marchamos  
a un cortijo no muy lejos;  
allí almorzamos en grande  
sin costarnos el dinero,  
y después fuimos al monte  
a darle tributo al sueño;  
los diez a dormir se echaron  
bien calientes del cerebro,  
y yo siempre con afán  
de alimentar a mi acero.  
Apenas los vi dormidos  
bufando como unos puercos,  
saco mis finas tijeras,  
y principio a cortar cuellos.  
A los diez dejé difuntos,  
y a registrarlos comienzo,  
y entre todos les hallé  
cerca de ochocientos pesos.  
Viéndome con esta suma,  
sin detenerme un momento  
para Málaga marché,  
adonde llegué contento.  
Paseándome una tarde  
sólo por tomar el fresco,  
conocí que se burlaban  
de mí cuatro pintureros;  
me arrimé a ellos y dije:  
«Señores, soy forastero;  
sastre soy en todas partes;  
y así, tened miramiento.»  
Apenas oyeron sastre,  
«¡mira qué empeño! — dijeron —  
entre tres hacen un hombre  
y aun estira su pescuezo.»

Apenas aquesto oí  
meto la mano a mi acero;  
no hice más que ras, ras,  
y dejé los cuatro muertos.  
Como era el anochecer  
y mis pies que son el viento,  
en un pestañear, me puse  
de la ciudad bien adentro.  
Entré en una gran posada,  
pedí cena y me sirvieron,  
y en cama de tres colchones  
pasé la noche en un sueño.  
A otro día de mañana  
entré en casa de un prendero;  
y compré todo un vestido  
a estilo de malagueño.  
De Málaga pasé a Ceuta  
a ver unos compañeros  
que por sus buenos servicios  
allí se hallaban de asiento;  
estuve unas tres semanas  
sin tener ningún tropiezo,  
y por no matar cristianos  
me pasé a los moros luego.  
En Tánger, una noche, a diez  
les agujeré el pellejo,  
tanto que por cada herida  
podía pasar un perro.  
Desde Tánger pasé a Argel;  
me estuve allí mes y medio  
mandando todos los días  
cuarenta y cinco al infierno.  
Me marché a Constantinopla,  
capital de siete Imperios,  
donde está aquel gran señor  
rey de sesenta y tres reinos;  
aquí seis meses estuve,  
en los cuales habré muerto

pasados de veinte mil;  
no hablo más porque no quiero,  
y nadie me contradiga  
si conservar quiere el cuerpo,  
que mis entrañas están  
peor que un rabioso perro;  
que en sacando mis tijeras,  
que son dos armas a un tiempo,  
pincho, corto y entresaco  
las entretelas del pecho;  
¡cuántos en la sepultura  
están sólo por el miedo  
de verlas ensangrentadas,  
rebozadas de pellejos!  
Esto os lo dice un sastre,  
poquito pico y silencio,  
que el que no lo quiera creer  
se lo hará creer mi acero;  
y así, por ahí me veréis  
en el año venidero,  
que entre los musulmanes  
pienso parar poco tiempo;  
y así, nadie de los sastres  
se chulee, y ande con tiento,  
que también los sastres son  
de hueso, carne y pellejo;  
y os digo a más a más,  
que tienen en sus adentros  
corazón, hígado y bazo  
y su cuajo bien repleto.  
Aquí dan fin mis proezas,  
mis arrojos y mis hechos;  
comer, beber y dormir  
es lo que desea el cuerpo,  
que al que se muere le entierran  
como sucedió al tío Prieto,  
que nadie se acuerda de él  
ni yo tampoco me acuerdo.

FIN

